

La mansión del hechicero (Los relatos de Khirlak Grundson 6)

Autor: Sersi

-1-

Habían pasado cinco días desde el desafortunado incidente, el mismo que obligó a los compañeros a abandonar su viaje por el río Stir. Después de presentar el cuerpo del chamán goblin al alcalde de Heldernof, los cinco se ganaron unas bien merecidas cien coronas de oro; parte de éstas riquezas las invirtieron en ropa y equipo nuevo para el largo viaje que aún les esperaba.

En todos éstos días Kaz no había llegado a conocer ni por asomo a Aragorn. El cazador de brujas era muy reservado y callado, sin iniciar casi nunca una conversa o participar en ellas. A su lado, Gotrek parecía un amable y simpático bufón de la corte. Durante el viaje, Fëanor enseñó al joven aprendiz el uso de la espada y el escudo; y aunque continuaba siendo un novato en la lucha, ya sabía un poco más de la técnica de combate con la reina de las armas.

Caminando por senderos y bosques el enano parecía más relajado -observó Kaz -, que cuando viajaba en barco. Y aunque los árboles y bosques no le agradaban demasiado, como mínimo no estaba todo el día maldiciendo.

El grupo detuvo la marcha para descansar un poco del cansado viaje. Algunos empezaron a llenar sus cantimploras en un arroyo de frías aguas. Mientras tanto, el joven miraba su arma. Era una buena espada, forjada por armeros enanos residentes en Altdorf; pero por muy buena y equilibrada que fuese el arma él continuaría sin ser un guerrero.

Él no era un hombre de armas, era un erudito y estudioso; hijo de la nobleza de la capital del Imperio. Su padre dominaba el comercio con Karak-Norn, una fortaleza enana al sur de las montañas grises. Maravillosas armas y todo tipo de minerales y metales llegaban al comercio de su padre proveniente del reino de los enanos. A cambio, carruajes y carruajes de ropa, madera y especias iban de camino a las montañas. Él había descubierto su amor por la alquimia de pequeño, al ver los brillantes y pulidos metales, admirándolos. Convenció a su padre para que le pagara los estudios de alquimia en la prestigiosa universidad de Altdorf, dónde sólo nobles y gente muy acaudalada pueden ingresar. Hasta que apareció el fantasma de la guerra. Quince carruajes de mercancías se perdieron cuando se encontraron con una gran horda de demonios verdes que estaban asediando la fortaleza enana. Las cosas fueron de mal en peor, y el padre de Kaz cayó enfermo de unas terribles fiebres. Durante semanas esperó a que se recuperase o muriese, pero no llegó ése momento. Aunque podía haberse quedado en la ciudad viviendo más humildemente, él quería continuar con sus estudios para poder llegar a cumplir la ambición de su vida: convertirse en el alquimista personal del emperador Karl Franz. Debido a esto, se había dejado arrastrar por su amigo Fëanor en busca de aventuras para ganar fama y riquezas.

Pero no era lo que se esperaba. Aunque apreciaba a Fëanor, sus demás compañeros de viaje no le agradaban demasiado; no se podía entablar una conversación culta con ellos. Sobre todo le irritaba el carácter del enano, pero ya sabía cómo tratarlo: aún no dominaba del todo el Reikspeil y no entendía algunos gestos y sarcasmos humanos. También tenía que participar en peligrosos combates cuerpo a cuerpo y recorrer grandes distancias, en las cuales sus delgadas piernas poco tenían que

hacer. Cada día, se replanteaba si continuar con la aventura; pero al fin su parte egoísta prevaleció: quería el dinero.

- *En marcha, aún nos queda mucho por recorrer* -Clidfort se levantó colgándose la mochila en la espalda -. Los demás se fueron levantando perezosamente; todos menos Kaz.
- *¿Qué pasa humano?* -le preguntó el enano -. *¿Acaso se te han dormido tus piernecitas de señorita?*
- *Prefiero mis piernecitas de señorita a tus jamones, Gotrek* -susurró el joven quedamente -..
- *¿Dices algo?*
- *No, nada, nada.*

-2-

Después de una cuantas jornadas de cansado viaje, llegaron a un pequeño pueblo al sur de Wurtbad llamado Olekstown. La gente del lugar, cazadores en su mayoría, se mostraron muy reservados. Ellos apenas compraron algunas ropas de abrigo para el frío norte al que se dirigían y un poco de carne seca para el viaje. Más tarde, mientras descansaban en un tranquilo lugar apartado del pueblo, una multitud de hombres se les acercó. En un principio se alarmaron, pero cuando el grupo se acercó pudieron ver que iban desarmados y algunos viejos los acompañaban.

- *¿Qué queréis?* -preguntó Clidfort -.
- *Hola, me llamo Arthur y soy el alcalde de Olekstown* -le contestó el que parecía más anciano -.
- *Y...*
- *Bueno, cuando hemos visto que ustedes eran viajeros armados hemos creído que nos podrían ayudar.*
- *¿Ayudar en qué?*
- *Mire, hace ya unos meses un enorme gigante nos ataca, exigiéndonos comida, dinero y las jóvenes más bellas.*
- *¿Un gigante exigiendo?* -dijo incrédulo Gotrek -. *Si un gigante encuentra un pueblo lo arrasa y saquea, no les pide a sus habitantes comida y dinero.*
- *Además* -añadió Aragorn -, *por éstos lugares del imperio hace décadas que no se ven gigantes. Los sagrados hijos de Sigmar los perseguimos y exterminamos hasta su extinción.*
- *Yo incluso afirmarí que nunca existieron* -dijo Kaz -.
- *Ustedes pueden no creernos, pero es verdad, ése monstruo existe y nos gustaría que ustedes lo mataran.*
- *En el caso de que existiese, ¿por qué les íbamos a ayudar?* -preguntó Clidfort -.
- *Ése monstruo nos ha estado saqueando durante mucho tiempo, en su guarida debe haber muchas riquezas. Si ustedes nos ayudan podrían quedarse con todo lo que pudiesen encontrar allí, el joven Rick conoce su paradero; él les llevaría.*
- *No nos convence, tenemos que hacer un largo viaje.*
- *Pero Clidfort, les hemos de ayudar* -le pidió el elfo -.
- *No.*
- *Yo quiero luchar contra uno de éstos* -declaró el enano -. *En mi tierra natal les dábamos caza de vez en cuando.*
- *Pero Gotrek, recuerda nuestra misión. Además, ¿cómo podríamos luchar nosotros solos contra un gigante?*

- *Los gigantes son muy torpes e idiotas, caían fácilmente en nuestras trampas.*
- *Incluso así...*
- *También les podríamos ofrecer comida, cama y caballos...*
- *Aceptamos.*

-3-

Durante un día entero, ellos cinco y todos los hombres fuertes del pueblo estuvieron cavando un gran foso en el centro de la plaza del pueblo. Según lo que les había dicho el viejo, el gigante siempre venía de la misma dirección, y hacía lo mismo: los aldeanos le dejaban sus cosas en la plaza del pueblo y él las cogía, diciéndoles antes de irse lo que quería para la próxima "visita".

Al mediodía del día siguiente a su llegada, un foso de cinco metros de profundidad erizado de estacas y cubierto de paja y hierbas se hallaba en el centro de la plaza. Era el trabajo de más de cincuenta personas. Un montón de sacos y barriles atados entre sí permanecían detrás del foso. Unos contenían cereales y otros cerveza; esto era lo que exigía el gigante.

Alrededor de la plaza, se disponían los cinco compañeros y algunos de los aldeanos con experiencia en la guerra. Cuando el gigante se dirigiese a coger el botín, caería en el foso que había enfrente, clavándose en las estacas. Ellos y la gente del pueblo equipada con lanzas saldrían de sus escondites para rematar al malherido monstruo. El plan había sido concebido por el enano, que estaba muy orgulloso de él.

Después de largas horas de espera se vislumbró una enorme silueta que surgía del bosque. El gigante había venido.

Era tan alto cómo un viejo árbol y en cierta parte parecía un hombre, pero era mucho más salvaje y primitivo. Iba vestido con harapos, y numeroso cráneos le pendían del cuello como un macabro collar. Con grandes zancadas se acercó al pueblo, rodeando las casas en dirección a la plaza.

- *¿Crees que funcionará?* -preguntó el atemorizado elfo al enano -.
- *Ya te he dicho que los gigantes son muy estúpidos y torpes.*
- *¿Y crees que el foso será lo suficientemente profundo?*
- *Ése gigante debe medir unos seis metros* -interrumpió Kaz -. *Por lo que el foso será lo suficientemente profundo. Pero lo que me preocupa es si las estacas podrán atravesar su gruesa piel, parece muy robusto.*

Los tres volvieron su atención al gigante. Éste ya había llegado a la plaza, acercándose al foso. Pero se paró delante mismo. A todos se les cayó el alma a los pies. El monstruo se agachó para poder contemplar mejor lo que tenía delante. Lanzó miradas nerviosas a todos lados y con una mano removió el montón de paja y hierbas. Éstas se desplomaron, dejando al descubierto el foso cubierto de estacas.

- *¡Me habéis engañado!. ¡Habéis intentado matarme!* -gritó furioso con una voz gutural y poderosa -. *Todos se acurrucaron más en sus escondites, temerosos de la ira del gigante.*
- *¡El placer de la muerte! Con este grito de batalla, Clidfort sorprendió a todos cargando contra el enorme monstruo. Éste le propinó una patada, que lo envió a lo alto de un tejado.*
- *¡Todos a la carga!* -vociferó el enano -.

Él y sus compañeros salieron de sus escondites enarbolando sus armas. Dos solitarios aldeanos los siguieron; pero los ánimos se encendieron después de tantos meses soportando los abusos del gigante, y poco a poco, decenas y decenas los siguieron.

Para sorpresa de todos el gigante salió corriendo, alejándose del pueblo. De inmediato estallaron vítores de júbilo al comprobar que el monstruo aparentemente invencible huía a la espesura del bosque. Los clamores perduraron un buen rato, hasta que el alcalde tranquilizó los ánimos. Fëanor se dirigió hacia dónde estaba el bribón y comprobó aliviado que sólo estaba magullado. Con la ayuda de otra gente lo bajaron al suelo.

- *Has sido muy valiente* -le dijo -.
- *Gracias.*
- *Y has tenido suerte que no te hiciera más que unos pocos moratones.*
- *Ya sabes, soy un tipo duro de roer.*
- *¿Te parecerá raro si te digo que me ha dado la impresión que el gigante no te ha llegado a tocar?*
- *¿Estás loco?*
- *De verdad, creo que no te ha llegado a tocar. Pero tranquilo, ya se ha ido.*
- *Para ser tan grande era un cobarde.*
- *Nunca había visto un gigante huir* -intervino el enano -. *Siempre luchan hasta la muerte.*
- *Podía ser cobarde, pero no era estúpido* -comentó Kaz -. *Vio dónde estaba el foso y no cayó en él.*
- *Tubo suerte, en mis tierras esta trampa siempre funcionaba.*
- *En tus tierras.*
- *Perdonen* -dijo tímidamente el viejo alcalde -. *Pero creo que podrían ir a su cubil para matarlo. Acuérdense de las riquezas que debe tener allí...*

-4-

El bosque que recorrían era denso y espeso, apenas se filtraban unos pocos rayos de luz a través de las ramas de los árboles. Les guiaba un joven del pueblo llamado Rick, que por lo visto conocía esos bosques cómo la palma de su mano y sabía dónde estaba la guarida del monstruo.

- *¿Has encontrado el rastro?* -le preguntó el elfo -.
- *No me puedo explicar cómo, pero ése monstruo no ha dejado ninguna huella* -se excusó el chico -.
- *¡Por el emperador!* -gritó de repente Kaz -.
- *¿Qué pasa?*
- *¿Es que no veis todas éstas evidencias?*
- *No...*
- *Ése gigante debía pesar cómo mínimo mil quilos, pero cuando ha entrado al pueblo el suelo no ha temblado bajo su tremendo peso. Después está el hecho que no ha caído a la trampa y ha huido, poco habitual en su raza. Y también lo que ha creído ver Fëanor: no ha llegado a tocar a Clidfort, pero lo ha arrojado volando. Pero sobre todo está el hecho que un ser tan enorme no deje rastro alguno en un bosque tan espeso.*
- *Brujería...* - musitó el enano -.

- *Creo que puede ser la respuesta.*
- *Brujo o gigante, lo mataremos* -declaró Aragorn -.
- *Da igual. Si la cosa se pone fea y no hay riquezas nos largamos* -puntualizó el bribón -.

Los seis continuaron avanzando por el bosque hasta que Rick encontró un rastro reciente de pisadas de tamaño humano. Éste hecho reforzó la teoría de Kaz, y todos empezaron a moverse con nerviosismo. Continuaron su búsqueda hasta llegar a un gran claro. En el centro se podía ver una colina que albergaba una gran cueva. En el interior se podían apreciar huesos rotos y ruidos. Aunque todos tenían el corazón en un puño, se acercaron a la boca de la caverna, intentando no hacer demasiado ruido. A medida que se iban aproximando, Kaz tuvo la impresión que la gran colina parpadeaba. Cerró los ojos para aclararlos, y al abrirlos vio delante de él una gran mansión. Volvió a cerrar los ojos, pero al abrirlos de nuevo la mansión aún estaba allí.

- *¡Brujería!* -grito enfurecido el cazador de brujas. Al parecer el resto del grupo también veían lo mismo que él, así que Kaz descartó haberse vuelto loco.
- *¡Brujería malsana y perversa!* -volvió a chillar Aragorn -. *¡Entremos a quemar a esos impuros!*

El cazador se dirigió a la gran puerta de la mansión, dispuesto a abrirla; pero Kaz le detuvo.

- *¡Quieto!. Podría haber alguna trampa o hechizo en la puerta. No creo que esté sin vigilancia.*

El hombre asintió con la cabeza y empezó a inspeccionar la puerta. Era una gran puerta de roble, revestida de hierro. La flanqueaban dos estatuas que representaban guerreros de la Reicksgard. Ambos caballeros apoyaban sendas espadas en el suelo, cogiéndolas por la empuñadura con una actitud noble.

Mientras todos inspeccionaban la zona en busca de peligros, Kaz vio que el enano miraba fijamente a una de las estatuas. Gotrek observó atónito como una de las esculturas cobraba vida, abriendo sus ojos y agarrando la espada, presto para atacarlo. Con un rápido movimiento, el enano asestó un golpe de mortífera fuerza a la estatua. El martillo se rompió en dos partes, quedando la empuñadura en la mano del enano.

- *¿Pero qué haces Gotrek?* -le preguntó Kaz extrañado -.
 - *¡La estatua, me ha atacado!*
 - *¿Pero qué dices?. La estatua no se ha movido en ningún momento.*
 - *¡Esto es brujería!* -Aragorn parecía frenético -. *¡Ése hereje está jugando con nosotros!*
- Con un golpe seco, abrió la puerta de una patada.
- *Vía libre.*
 - *Ya sabía yo que no podía fiarme de un martillo echo por enanos que viven entre mugís* -refunfuñó el enano -. *Tendré que usar mi recuerdo* -Mientras decía esto sacó de su mochila un gran martillo de guerra con diversas runas gravas en él. Lo cogió delicadamente y lo asió con firmeza.
 - *De acuerdo, entremos a buscar a ese brujo* -ordenó Clidfort -. *Tú chico, quédate fuera, si dentro de una hora no hemos vuelto vuelve al pueblo a buscar ayuda.*

Rick asintió con un cabeceo, y regresó raudo al lindero del bosque. Los cinco compañeros entraron dentro de la mansión, enarbolando sus armas, listas para el combate.

-6-

La sala en la que se encontraban era grande y fastuosa. Numerosos tapices y cuadros decoraban las paredes, una araña enorme colgaba del techo y unas escaleras muy grandes serpenteaban hacia el piso de arriba. Los cinco miraron las numerosas puertas que les rodeaban. Seis, contó Kaz.

- *Deberíamos dividirnos* -propuso Clidfort -.
- *Estoy de acuerdo* -dijo Aragorn -. *Yo iré al piso de arriba para segar la vida de ese impuro.*
- *¿Tú solo?*
- *No necesito ayuda.*
- *Como quieras. Nosotros investigaremos el piso de abajo.*
- *Aquí hay muchas riquezas, aunque no tienen la calidad de las obras enanas* -observó el Gotrek -.
- *Sean o no de calidad, nos darán unas cuantas coronas por ellas* -dijo el bribón mientras guardaba en su mochila un candelabro de plata -.

El cazador de brujas empezó a subir las largas escaleras mientras los demás abrían la puerta más grande que encontraron.

Kaz abrió lentamente la puerta, haciendo girar con suavidad el picaporte. Sacó tímidamente la cabeza por la abertura, viendo sólo un largo pasillo en el que confluían multitud de puertas. Miró a sus compañeros y les hizo un gesto para que lo siguieran. Avanzaron silenciosamente, deteniéndose de vez en cuando al oír algún ruido. Finalmente se pararon delante de una gran puerta con detalles en oro.

- *Seguro que esta puerta lleva a algún lugar importante* -susurró -.

Los demás asintieron con la cabeza, y se dispuso a abrir la puerta. Antes de que la tocara siquiera con la mano, la puerta se abrió de par en par. Nadie había abierto la puerta, pero en medio del gran comedor que se extendía al otro lado de ésta se encontraban una multitud de guardias armados. Todos iban vestidos con llamativos trajes de color amarillo y negro, y les apuntaban con arcabuces.

- *¡Quietos!* -gritaron todos a la vez -.

Clidfort y Gotrek asieron las armas con más fuerza, prestos para el combate. Kaz observó a los guardias.

- *Deben haber unos treinta en total; será mejor que no luchemos.*
- *¡Dejad las armas al suelo!* - De mala gana dejaron las armas al suelo. Un hombre se acercó prudentemente y cogió las armas con dificultad.
- *Ahora levantad los brazos por encima de la cabeza y no intentéis nada* -los cuatro hicieron lo que se les decía -. *Y ahora caminaréis lentamente por dónde nosotros os digamos, ¿de acuerdo?* -Kaz y los demás asintieron con la cabeza -.

- *Muy bien, caminad recto hacia ésa puerta* -les dijeron señalando en su dirección -.

Con Clidfort a la cabeza, empezaron a caminar hacia dónde se les indicaba. Cuando se hallaron cerca de la puerta, Kaz vio que el bribón hacía un rápido movimiento, abriéndola de golpe con la esperanza de poder desaparecer dentro. Antes que consiguiese su cometido, un estruendo resonó en los tímpanos de todos. Cuando recobraron la vista, vieron en la puerta un agujero del tamaño de una cabeza. Clidfort se encontraba con los ojos muy abiertos, petrificado de temor y con el rostro blanco cómo la leche.

- *La próxima vez no fallaré* -la amenaza de uno de los guardias hizo que el bribón reaccionase, dejando claro que no volvería a intentar escapar bajo la amenaza del arcabuz -.

Los llevaron por otro pasillo, bajaron unas escaleras, recorrieron lo que parecía unas pequeñas mazamorras y llegaron finalmente delante de una oscura celda.

- *Entrad* -para reforzar la orden, el hombre encañonó a los compañeros. Entraron, y una vez dentro cerraron la puerta detrás de ellos.

- *¡Ja, ja, ja!. Miralos los pobrecitos, ahora no parecen tan peligrosos, ¿verdad?* -dijo el que sostenía las armas entre risas -.

- *Tienes razón* -le contestó el que les apuntaba con el arcabuz -. *Avisemos al jefe para que pare el hechizo* -el hombre cogió un pequeño espejo que llevaba en el bolsillo y se lo quedó mirando; poco a poco todos los guardias que habían visto fueron desapareciendo hasta que sólo quedaron los dos que habían hablado -.

- *¡Malditos cobardes!* -gritó enfurecido el enano -. *¡Usando artimañas y brujería para encerrarnos!*

- *Subamos a informar al jefe sobre éstos.*

- *De acuerdo* -los dos hombres desaparecieron entre las sombras, llevándose las llaves de la celda y sus armas -.

- *¿Y ahora qué hacemos?* -preguntó el elfo -.

- *Esperar que ese fanático nos rescate* -fue la respuesta de Kaz -.

Aragorn subió las largas escaleras hasta llegar al piso de arriba; allí había tres puertas. Después de pensar un rato, el cazador escogió la de la derecha. Cuando se disponía a abrirla escuchó un disparo: sus compañeros se habían metido en problemas. Dudó un instante, pero al fin decidió no bajar a ayudarles. Él tenía que matar a un indigno brujo, y consideraba que era una misión más importante que salvar a cuatro personas. No sería la primera vez que tenía que hacer un sacrificio para poder servir a Sigmar; y si Él lo quería así, así sería.

Entró en una espaciosa sala, falta de decoración. Había dos puertas más, una a cada lado, y un enorme ventanal llenaba la pared del fondo. Le llamó la atención un objeto brillante que se hallaba al lado de la gran ventana. Parecía un jarrón de oro o algo parecido. Se acercaba para verlo mejor cuando escuchó un portazo detrás de él: la puerta por donde había venido se había cerrado. Intentó abrirla con todas sus fuerzas, pero no pudo. Probó de abrir las otras dos puertas, pero también estaban cerradas. Se preocupó ante la posibilidad de que el brujo lo hubiera encerrado allí, pero el jarrón dorado volvió a llamar a su atención. Cuando se encontró a su lado observó que era de oro puro.

- Con lo que me den por esto podré perseguir a los herejes del Imperio sin preocuparme del dinero durante una buena temporada -pensó -.

Cuando fue a cogerlo, notó aturdido que no lo podía tocar: sus manos lo traspasaban como si fuese un espectro.

- ¡Brujería!

Un chasquido le hizo girarse, pudiendo ver alarmado cómo un gran tronco erizado de largos clavos barría toda la habitación en su dirección. Con unos reflejos ganados después de años luchando contra mutantes y herejes, se arrojó por el ventanal rompiéndolo en pedazos al mismo tiempo que se asía al borde con una mano. Cuando abrió los ojos se hallaba suspendido a más de seis metros por encima del suelo. Una caída desde esta altura podía matarlo o dejarlo gravemente herido. Con prudencia, puso su otra mano en el borde, haciendo caso omiso a los cristales rotos que se le clavaban en ella. Resoplando por el esfuerzo, se encaramó de nuevo hasta volver a estar sobre el piso. Incluso con los gruesos guantes de cuero que llevaba, los cristales le habían hecho numerosos cortes que le sangraban con profusión. Miró la sala: no había ni rastro del enorme tronco que había amenazado con matarlo.

- ¡Maldito brujo!. ¡Muy pronto dejarás de reírte de mí!

Intentándose tranquilizar, sacó unos pequeños vendajes que siempre llevaba en la mochila. Se vendó cuidadosamente las manos, mientras controlaba el dolor punzante que notaba. En la orden del martillo le habían enseñado a controlar el dolor haciéndole meter las manos en agua hirviendo, golpeándolo con garrotes y otras prácticas poco ortodoxas. Pero Aragorn sabía que todas estas pruebas eran necesarias para poder combatir la garra del Caos allá donde se encontrara, y lucía las cicatrices de ése aprendizaje con orgullo. Levantándose poco a poco se dirigió a la puerta para intentar salir de allí.

-7-

- Estos barrotes son de manufactura humana, seguro que no resisten un buen golpe en un punto determinado... - el enano empezó a caminar arriba y abajo por la pequeña celda, buscando algún fallo de construcción para poder escapar -.

- ¡Malditos!. ¡Sólo eran dos pero nos han engañado! -gruñó el bribón -.

- Seguramente aquí vive un ilusionista -comentó Kaz -.

- ¿Y qué es un ilusionista?

- Es un tipo de mago que estudia el arte de crear ilusiones y engaños, cosas que no existen, como esos guardias de antes.

- Espero que el cazador de brujas nos saque de aquí por que si no lo tenemos crudo, ya hace demasiado que estamos aquí encerrados.

- Espero que sí -dijo Fëanor -. Este sitio me da claustrofobia.

- ¡Chitón! -avisó el enano -. Se acerca alguien.

Al principio Kaz no oyó nada, pero poco a poco fue distinguiendo unos pasos que se acercaban lentamente. Intentó vislumbrar algo por la oscuridad, pero carecía de la visión adaptada a la oscuridad del elfo o el enano.

- ¡Aragorn! -gritó de repente Fëanor. Verdaderamente el cazador de brujas se acercaba hacia ellos, y para sorpresa suya llevaba en la mano un manojo de llaves.
- *Por fin os encuentro.*
- *¡Aragorn, no nos has defraudado!*
- *Por vuestra culpa no he podido encontrar antes al brujo.*
- *Ya te ayudaremos nosotros a buscarlo. Pero, ¿cómo nos has encontrado?*
- *He tenido un encuentro con dos hombres* -les dijo mientras les enseñaba algunos moratones en la cara y las manos heridas -. *Después de reducirlos me han dicho dónde estabais.*
- *Perfecto, pero ahora sácanos* -le interrumpió Clidfort -.

El cazador intentó abrir la puerta con todas y cada una de las llaves, hasta que al final dio con la correcta. Los cuatro salieron presurosos de la celda. Un chillido les llamó la atención. Con paso raudo se dirigieron donde provenían. Kaz fue el primero en llegar, y pudo ver sorprendido que en una celda había dos jóvenes muchachas encerradas.

- *¡Por favor, sacádnos de aquí!* -suplicó una de ellas -.
- *¿Quiénes sois?* -preguntó desconfiadamente el bribón -.
- *Somos de Olekstown, el gigante nos secuestró pero en realidad era un hombre normal. Nos encerró aquí hasta que cediéramos a...* - la chica se entrecortó de repente -.
- *Me lo imagino...¿ Sabéis alguna cosa de ese hombre?*
- *No demasiado...tiene dos secuaces que trabajan para él y puede hacer que aparezcan cosas fantásticas, pero no son reales.*
- *Sácalas de aquí Aragorn.*

El cazador de brujas removió entre las llaves hasta que encontró la necesaria. Cuando estuvieron todos fuera de las celdas, condujo a las chicas hasta el exterior, y le pidieron a Rick que las trajese de vuelta al pueblo.

- *Volvamos dentro, aún hemos de quemar a un brujo* -dijo el cazador de brujas cuando las chicas se hubieron ido -.
- *Y encontrar un succulento botín* -puntualizó Clidfort -.

Los cinco entraron de nuevo en la mansión y subieron al piso de arriba, en donde Aragorn creía que se encontraban los aposentos del mago. Mientras Kaz seguía al resto del grupo, sintió que se le ponía la piel de gallina. Una extraña sensación le recorrió todo el cuerpo; era como si notase un extraño frío que le inundaba de poder. Poco a poco todo fue remitiendo, hasta quedar en un vago sentimiento de nostalgia.

- *¿Ocurre algo humano?* -le preguntó el enano -.
- *No, no, no pasa nada...*
- *Eres raro. Claro, tantas horas leyendo libros te han chamuscado el cerebro.*
- *¡No están!* -exclamó Aragorn. Kaz empezó a volver a la realidad, y se dio cuenta que el cazador señalaba unas cuerdas tiradas en un rincón del pasillo en donde se encontraban.
- *¡Los dos guardias se han escapado, y se han llevado los arcabuces!. ¡Tenemos que encontrarlos antes que avisen al brujo!*

- *Ya debe ser demasiado tarde* -dijo el elfo -.
- *Encontremos el botín que vamos buscando y salgamos de aquí* -opinó Clidfort
- *Si el cazador quiere matar al mago, ¡que lo mate él sólo!*
- *Estas palabras te condenarán en el juicio final delante de Sigmar.*
- *¡Que le den a Sigmar!. ¡Yo vivo el presente!*
- *Te podría enviar a la hoguera por lo que acabas de decir* -la voz del cazador de brujas se convirtió en un gélido susurro -.
- *¡Inténtalo, maldito fanático!*
- *¡Quemarás en la hoguera hereje!*
- *¡Aquí lo único que quemará en una hoguera será la carne que me zamparé cuando salga de aquí!.* -bramó el enano -. *¡Además, con éste griterío ya debe hacer horas que saben de nuestra presencia!*
- *Gotrek tiene razón* -dijo Fëanor -. *Dejad vuestras diferencias para más tarde, ahora no es el momento para esto.*

Con malas miradas, entraron lentamente por la puerta del medio. Ante ellos se desplegaba una gran biblioteca. Multitud de estantes se apiñaban por las paredes, asestados de libros antiguos y grimorios de magia. Los cinco empezaron a registrar la habitación, en busca de algo de valor. Al cabo de un rato el enano les llamó:

- *He encontrado unas escaleras* -anunció. Cuando todos se acercaron, pudieron ver que detrás de unos estantes llenos de libros se escondían unas escaleras de caracol.
- *Esperad, podríamos coger algún libro, nos podrían pagar bien por ellos* -sugirió el bribón.
- *Será mejor que no toques nada de eso, quien sabe los oscuros poderes que pueden albergar* -Aragorn no admitía discusión -.

Kaz se fijó por un momento en el cazador de brujas. Aunque debía tener unos treinta años, ya poseía algunas canas en el cuero cabelludo. ¿Sería algún truco del mago?, ¿o aún estaba aturdido por su reciente sensación?. Fuese lo que fuese, no era importante en ese momento, por lo que no pensó más en tonterías. Comenzaron a subir por las escaleras, cuando Fëanor que iba en cabeza dio un grito de alarma mientras hacía retroceder a los demás.

- *¡Cuidado, un derrumbamiento! Mientras un ruido parecido al retumbar de mil caballos se iba incrementando, el elfo logró hacer retroceder a sus compañeros, que cayeron al suelo a trompicones.*
- *¡Malditas construcciones de los umgis!* -se quejó el enano -. *¡No aguantan ni la brisa del viento!*

Poco a poco se fueron levantando, mirando las escaleras de caracol. El acceso estaba completamente taponado por una montaña de guijarros y no parecía que se pudiese seguir por allí.

- *Tendremos que volver atrás* -dijo de mal humor Clidfort -.
- *Esperad un momento* -Kaz volvía a tener una extraña sensación: los pelos de la nuca se le habían erizado. Se acercó al montón de piedras y las observó, tenían un ligero tono amarillo. Cuando se dispuso a tocar un guijarro, vio que se trataba de un espejismo, no existía -.
- *Tan solo es una ilusión, nos han intentado engañar.*
- *¡Maldito sea!* -Aragorn se empezaba a poner nervioso por las triquiñuelas del mago -.

- *Continuemos* -ordenó el bribón -. *Quiero salir de aquí lo antes posible.*

-8-

Se dirigieron tan rápido como pudieron a las caballerizas, casi tropezando los unos con los otros. Llegaron justo a tiempo para ver como una diligencia salía rauda de la mansión. Los dos guardias tiraban de sus riendas y el mago estaba en su interior.

- *¡Cojamos los caballos y persigámoslos!* -dijo Aragorn -.

Él y Fëanor montaron en un caballo que no tenía riendas, pero sabía que su amigo podía cabalgar de esta manera. Aragorn montó otro caballo, mientras Clidfort instaba al enano a subir a otro. Gotrek gruñó su oposición a cabalgar en uno de esos animales, pero el bribón azuzó al caballo para que galopase antes que se pudiera bajar. Los cinco salieron rápidamente en persecución de la diligencia, que les llevaba una buena ventaja.

Kaz estaba asustado. Aunque sabía cabalgar bien, el hecho de no tener riendas y sujetarse solamente a la crin del caballo le atemorizaba. Intentaba no caerse mientras Fëanor iba disparando flechas, pero debido al movimiento del caballo las erraba casi todas, aunque alguna se clavó en la estructura del vehículo. Mientras el elfo intentaba dar en el blanco, intentó girarse para poder ver a sus otros compañeros. El cazador de brujas se acercaba poco a poco a la diligencia, mientras el bribón intentaba mantener en equilibrio al asustado enano. Un guardia se levantó del asiento del conductor sosteniendo un arcabuz. Él y el elfo se intercambiaron una andana de disparos, hasta que finalmente, un muy afortunado tiro se clavó en el cuello de su caballo. El joven humano intentó agarrarse al encabritado animal, pero él y su compañero cayeron al suelo dolorosamente. Cuando volvió a abrir los ojos el animal yacía muerto delante de él. Fëanor estaba levantado, sacudiéndose el polvo de las ropas. Le ayudó a levantarse, y notó que le dolía mucho la espalda.

- *Sigamos en su dirección* -le dijo el elfo mientras señalaba la distante persecución, acto seguido los dos corrieron en pos de sus compañeros -.

Aragorn espoleó su montura hasta llegar al lado de las riendas de la diligencia. Con un salto se abalanzó encima de uno de los caballos que tiraban de ella. Mientras intentaba mantener el equilibrio, desenfundó una daga de su cinturón y empezó a cortar las riendas. Un chasquido seguido de un intenso dolor le hizo parar: el conductor lo estaba azuzando con un látigo. Haciendo acopio de una gran fuerza de voluntad, siguió con su tarea mientras le flagelaban la espalda.

Con gran destreza, Clidfort se puso de pie en su caballo, apeándose en el techo de la diligencia. Un guardia se giró apuntándole con su arcabuz, pero lo desarmó de una patada antes que pudiera disparar. Con otra patada le partió la mandíbula y lo lanzó fuera del vehículo, partiéndose el cuello. El conductor dejó de atacar al cazador de brujas para encararse a él. Con un rápido movimiento de mano hizo que el látigo se enrollara alrededor de su muñeca. El bribón gimió de dolor cuando sintió que le laceraba la carne, pero asió firmemente el látigo con la otra mano y atrajo al hombre hacia él. Éste intentó resistirse, pero su mayor fuerza acabó por prevalecer. Cuando consiguió que el guardia se encontrara delante de él, le clavó una daga en el pecho con la mano libre.

Gotrek rezaba para no caerse mientras Clidfort le abandonaba con el caballo. Él no tenía ni idea de cabalgar en esos enormes animales. Miró por la ventanilla de la diligencia y vio que el mago se encontraba en su interior, escuchando preocupado el ruido de lucha que acontecía encima suyo. Haciendo acopio de valor, se lanzó con todas sus fuerzas contra la ventana, que se rompió en mil pedazos. A duras penas pudo pasar a través de ella, pero el final cayó rodando al interior. El mago se lo quedó mirando con actitud perpleja. Sin dilación, el enano le propinó un tremendo puñetazo en la cara, rompiéndole la nariz y tumbándole en el suelo.

Aragorn acabó de cortar las riendas, haciendo que los caballos siguieran adelante mientras la diligencia se iba frenando progresivamente. Finalmente pudo volver a apearse en el suelo, llamando a los otros. Clidfort saltó del techo del vehículo delante de él, y los dos se dispusieron a abrir la destrozada puerta. En el interior sólo les esperaba un aturdido enano.

- *¿Dónde está el brujo?* -le inquirió el cazador de brujas -.
- *No lo sé... Ha desaparecido de repente sin dejar rastro.*
- *Maldito, siempre huyendo cobardemente.*

Los tres rastrearon el bosque en busca del mago, pero no encontraron ninguna señal de él. Clidfort rodeó un enorme árbol mientras buscaba. Un corpachón ataviado de negro cayó delante de él. Apenas pudo agacharse para esquivar un golpe de espada que lo hubiese matado. Intentó desesperadamente desenfundar la suya, pero el atacante lo derribó de un puñetazo. Rodó por el suelo para evitar los golpes que le iba asestando. Finalmente pudo desenfundar su arma, bloqueando a duras penas un tremendo golpe que iba dirigido a su cabeza. Tubo que afianzar la espada con ambas manos para poder aguantar su gran fuerza. Sabiendo que no ganaría el combate gritó con todas sus fuerzas para llamar la atención de sus compañeros. Justo cuando creía que no podría aguantar más, oyó unos pasos que se acercaban hacia ellos. El hombre de negro también supo de su presencia, y se alejó de un salto antes que Aragorn le pudiera clavar su arma. Clidfort se puso en pie trabajosamente y observó a su alrededor. El cazador y el enano estaban a su lado, mirando al hombre. Se fijó en su contrincante, y vio que era el mismo que los había atacado en Kemperbad. Poco a poco los tres lo rodearon, intentando traspasar sus defensas. Aunque eran tres contra uno, el extraño se defendía bien, obligándolos incluso a retroceder. El bribón se arrojó hacia él, pero éste se apartó de la acometida haciendo revolotear la capa delante suyo. La espada desgarró la capa, pero ésta hizo que perdiera momentáneamente el equilibrio al verse bloqueada su visión. Solo la actuación de Aragorn, que obligo al enemigo a retroceder, impidió que lo ensartase.

Kaz siguió a duras penas al elfo, le dolía mucho la espalda. Por el camino habían encontrado el cuerpo inerte de uno de los guardias, por lo que esperaba que les hubiesen dado alcance. Fëanor rodeó la vacía diligencia dirigiéndose hacia donde escuchaba los gritos de combate. Pronto los dos pudieron ver dentro del bosque que sus compañeros luchaban contra un extraño vestido de negro. Ellos también entraron en el combate. Ahora eran cinco contra uno, y parecía que el hombre tenía más problemas para defenderse de ellos.

Un crujido hizo que todos dirigieran su vista hacia un árbol que se abalanzaba encima de ellos. A duras penas pudieron apartarse de su trayectoria, rodando por el suelo. Cuando Kaz se levantó, vio que el causante de el ataque era el mago, que se dedicaba a incendiar los árboles de la zona. Su rostro estaba congestionado por la ira e iba amenazándoles de muerte y dolor. Corrió para esquivar al siguiente árbol, haciendo los demás lo mismo. El calor de las llamas hizo que empezara a sudar,

alejándose del mago para evitar el fuego. El único que no retrocedió fue el enano, que avanzó firmemente hacia el mago. Éste intentaba hacer otro hechizo para detener al molesto enano, pero no pudo acabar de pronunciar el sortilegio, ya que una daga se clavó una y otra vez en su pecho.

Todos salieron como pudieron del bosque en llamas, dirigiéndose hacia la diligencia.

- *Es una pena que se esté quemando...* - se quejó Clidfort -.
- *¿El bosque?* -le preguntó Fëanor -.
- *No, el cuerpo del mago. Seguro que llevaba muchas cosas de valor encima.*
- *Por cierto* -dijo Kaz -. *¿Y el hombre de negro? Todos miraron a su alrededor, pero no vieron nada.*
- *No lo sé...*
- *¿Quién era?*
- *Creo que era el mismo hombre que nos atacó en Kemperbad.*
- *Claro... Gotrek le dijo que nos dirigiáramos a Sylvania, nos debe haber seguido hasta aquí.*
- *Yo no tengo la culpa humano* -refunfuñó el enano -.
- *¡No, no!. Has sido muy valiente matando al mago, resistiendo ese infernal calor.*
- *En las forjas de mi Karak hacía mucho más calor. Nosotros, los naugrim, somos más duros que vosotros los umgi.*
- *No perdamos el tiempo* -les apremió el bribón -. *Tenemos que encontrar un botín.*

-9-

Aunque pusieron mucho énfasis en la búsqueda, no pudieron encontrar ningún botín en la mansión. El maldito mago lo había escondido demasiado bien. Cuando finalmente desistieron, al cabo de dos días, quemaron toda la casa por petición de Aragorn.

Una vez de vuelta en Olekstown, informaron a sus habitantes de que en realidad el gigante era un mago ilusionista que los espantaba para ganarse la vida. También les dijeron que habían descubierto que actuaba en más pueblos de esa zona aparte del suyo.

Después de unos días de bien merecido - y gratuito - descanso, emprendieron de nuevo el viaje hacia el noreste, dirigiéndose a Sylvania. Viajaban con la diligencia que habían robado al mago y reparada de los desperfectos del combate, aunque al enano no le gustaba mucho esta forma de transporte.

Al cabo de unos días llegaron a la ciudad de Wurtbad. Aquí la gente era más cerrada que en el sur, mirando con suspicacia al grupo. La ciudad estaba completamente amurallada, con bastiones y torres de vigilancia por todas partes. A medida que se iban internando en el norte, la peligrosa influencia del Caos se notaba cada vez más. Además, Wurtbad siempre había sido uno de los primeros objetivos de los condes vampiro cuando intentaban conquistar el Imperio. Una vez allí compraron comida y armas para matar a vampiros: estacas, símbolos religiosos y ajos. También adquirieron abrigo, para poder soportar el crudo frío del Sylvania. Clidfort empezó a preocuparse por el dinero que habían ganado, ya que desaparecía con rapidez.

Viendo su objetivo cada vez más cerca, los cinco continuaron su viaje.